



ENSEÑANZAS DE TAULERO

Por Norma Novoa

“Vengo de Dios, y así mi camino es de Dios y va hacia Dios; el que va conmigo es el mismo Dios. Te lo explicaré: como Dios está presente en todo lugar y su esencia está en todas las criaturas, aunque yo cambie de lugar y sean otras y otras las criaturas que veo, y con quienes hablo y trato, en todas hallo a Dios y más a Él que a ellas”.

Taulero

Johannes Tauler, (1300-1361) ha sido un monje dominicano alemán, considerado uno de los grandes místicos y predicadores del Medievo. De sus obras solamente quedan 81 sermones, cada uno de ellos de un profundo sentimiento espiritual, con un lenguaje cálido, práctico y sencillo para que toda la gente pueda comprenderlo y se anime a buscar la intimidad con Dios. Fue discípulo de Eckhart, y al igual que él, enfatizó en buscar la morada de Dios en las profundidades del alma. Se dice que con su doctrina despertó la atención de Lutero y entre los protestantes se lo menciona como precursor de la Reforma.

Fue fundador y miembro activo de la sociedad llamada Amigos de Dios, formada por personas interesadas en la vida mística, al respecto él dice:

“Ser amigo de Dios es vivir teniendo a Dios presente en tu vida, en tu día a día, allí en los lugares en los que estés y con la gente con la que te encuentres”. En la mayoría de sus sermones recalca que uno debe ser amigo de Dios en todo momento e intentar vivir esta amistad constantemente. Y junto a este tener a Dios presente está el llevar a Dios a la propia vida, al propio corazón.

El centro de su doctrina es la visión de Dios, la *beatífica contemplación* o conocimiento de la naturaleza divina. Debemos partir con la certeza que Dios habita dentro de cada ser vivo., pero para que el Supremo Señor se descubra al hombre, deben cesar todos sus deseos mundanos, para ello el mayor esfuerzo a realizar es el de salir de la *“compulsividad de la mente a formar imágenes”*, se trata pues de un *“vaciamiento de las potencias”* (voluntad, entendimiento y memoria), una desnudez creciente de la voluntad propia para poder acceder a la voluntad de Dios, que sólo quiere que su criatura se una a Él para divinizarse:

“Que el hombre se abandone simplemente, nada pida, exija nada. Se contente con tener en Dios su pensamiento, su amor. Arroja, pues, todas tus cosas en este Dios desconocido,

también tus defectos y pecados, y todo cuanto puedas proyectar con tus acciones. Ponlo todo en Él con gran fervor. En la desconocida voluntad de tu Señor” (del sermón La voz del silencio)

Tauler afirma que el camino hacia Dios es siempre a través del amor, el Señor responde al mayor desarrollo del amor con Su presencia, y afirma que los actos de amor son más aceptables para Dios que incluso la contemplación. Amándolo con sencillez y sinceridad, atraeremos a Dios hacia nosotros, porque los ojos de nuestra alma se volverán hacia adentro, con devoción y con fervor y Su respuesta vendrá por la luz de la gracia que eleva al alma por encima de ella misma. Por eso es necesario que lleguemos a esa altura en la que la Divinidad despierte en nuestro interior, pues como enseña este gran místico, la experiencia inmediata y personal de lo divino no puede negarse, pero es fundamental evitar las especulaciones elevadas e intentar lograr desprenderse de la imaginación, Tauler no aprueba que uno pase su vida buscando la ayuda de la gracia de Dios y sin embargo, “*como ciegas aves*”, se permanezca ignorante de lo que se esconde dentro del propio corazón; él apoya sus ideas de lo divino y lo humano, afirmando que conociéndose a sí mismos en espíritu y naturaleza, manteniendo una fe pura y sencilla, se puede siempre regresar a las profundidades del espíritu, nos indica:

“El que quiere encontrar el Reino, que no es otro que Dios con todas sus riquezas, y su propia esencia y naturaleza, le debe buscar donde se halla, es decir, en el fondo más íntimo, profundo centro, donde Él está mucho más íntimamente junto al alma, mucho más presente que ella lo es a sí misma. Este fondo debe ser buscado y encontrado” (del sermón *La voz del silencio*).

Lo que el hombre creado es en sí mismo fue increado desde la eternidad en Dios, si dejamos a un lado toda apetencia hacia lo bajo, animal y alejamos toda sensación y tristeza, podremos lograr no sólo una visión de la esencia del alma como una imagen racional, sino que llegaremos a contemplar la inmensidad de Dios. Esta contemplación no es una imagen, descripción o semejanza de lo divino, sino que es eso que Dios ama, conoce y goza de Sí mismo y que actúa dentro de cada uno como ese impulso que nos mueve hacia el amor, hacia la unidad. En esta unidad, Dios y el alma son Uno:

“El encuentro con Dios se hace en el fondo del alma, por lo que todo debe dirigirse hacia ese ‘espacio’ que no es otro que el de la interioridad” (del sermón *Diferente tipos de dones*)

Este “espacio” es la raíz del entendimiento y de la voluntad; es previo a las potencias del alma y en él ellas se enraízan. Afirma nuestro místico que la raíz del alma, es el espacio donde mora Dios, es su templo; y para que la unión con Dios pue-

da darse, hay que acceder a este “*espacio*”, por lo que el hombre debe atravesar y remontar todo lo que es el funcionamiento del entendimiento, la memoria y la voluntad, estas potencias deben ser dirigidas a este esfuerzo, que se inicia con un impulso interior, graficado por Tauler como una “*chispa*” que se activa por medio de ejercicios concretos (por ejemplo orar mucho), que propician la certeza de la presencia de Dios en nosotros:

“Es de todo punto necesario la vuelta al interior, entrar dentro de nosotros mismos, para que Dios nazca en el alma. Apremia lograr un fuerte impulso de recogimiento, recoger e introducir todas nuestras potencias, inferiores y superiores, y trocar la dispersión en concentración, pues, como dicen, la unión hace la fuerza” (del sermón *Diferente tipos de dones*).

Para el ingreso a ese espacio interior es necesario renunciar a todo querer, desear o actuar propio, basta la intención pura y desnuda de buscar sólo a Dios, sin el mínimo deseo de buscarse a sí mismo ni cosa alguna que pueda redundar. Con voluntad plena de ser exclusivamente para Dios, de concederle la morada más digna, la más íntima, para que el Señor aparezca allí y lleve a cabo su obra en nosotros, sin sufrir impedimento alguno:

“Si de tal modo el hombre preparase su morada, el fondo del alma, Dios lo llenaría sin duda alguna, lo colmaría. Rom-

*períanse, sino, los cielos para llenar el vacío. La naturaleza tiene horror al vacío, dicen. ¡Cuanto más sería contrario al Creador y su divina justicia a abandonar a un alma así dispuesta! Elige pues una de dos. Callar tú y hablar Dios o hablar tú para que Él calle. Debes hacer silencio, entonces Dios nacerá en ti. Si sales, seguramente entrará Él; Él vendrá a ti; Ni más, ni menos” (del sermón *La voz del silencio*)*

Tauler expresa, en varios de sus sermones, que Dios no es solamente un ideal al que se tiende sino que Él se manifiesta interiormente en quienes lo aman con sinceridad, y de este modo viven con la experiencia de un Dios siempre presente:

“Él los atrae tan misteriosamente a Sí mismo y a su propia bienaventuranza; sus espíritus son atraídos con tanto amor, mientras que al mismo tiempo están tan llenos y transfundidos con la Divinidad, que pierden toda su diversidad en la Unidad de la Divinidad” (Johannes Tauler, Sermones, N°3)

Tal como enseña Nuestra Madre, el alma tiene un tesoro oculto, sin tocar por el tiempo y el espacio, que es muy superior a cualquier cosa, que da vida. Es tierra noble y maravillosa, es reino secreto, es su morada eterna. Cuando el hombre descubre este reino secreto, se vuelve quieto y esencial, elevado en pureza y alejado de todas las cosas. Solo cuando concentremos todas nuestras facultades dentro de nosotros y nos direccionemos hacia Dios, entonces:

“Él se entregará a nosotros como nuestro, más completamente nuestro que cualquier cosa que jamás hayamos llamado nuestro... No debe quedar nada en nosotros, sino una intención pura hacia Dios; no hay voluntad de ser o de convertirse u obtener nada para nosotros mismos. Debemos existir solo para hacer un lugar para Dios, el lugar más alto, más profundo, donde puede hacer su obra; allí, cuando ya no nos estemos poniendo en su camino, Él puede nacer en nosotros... Entrégate completamente a Dios; entra y escóndete en el suelo oculto de tu alma” (Johannes Tauler, Sermones, N°3).

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
